

HEMOS VIVIDO UNA OCUPACION

obstáculos que se alzan ante las fuerzas populares y de la resistencia encarnizada del "bunker" y los nostálgicos del orden viejo, el camino hacia la democracia aparece sembrado de dificultades internas, fruto de nuestra inexperiencia en achaques de convivencia política y el empleo rutinario de fórmulas-comodín que muy a menudo convierten el presupuesto ejercicio de reflexión crítica en un mero sermón de clan o capilla para uso exclusivo de catecúmenos e iniciados. Abandonar los cuadros impuestos, examinar el peso específico de los conceptos y palabras no será pues en un futuro próximo un excusable ejercicio retórico sino una empresa indispensable de salud nacional si queremos desembarazarnos de verdad de las resacas de la opresión anterior y emprender la ruta hacia una sociedad libre y justa, digna y habitable.

EN unas páginas escritas con ocasión de la muerte de Franco —y que permanecen todavía inéditas en el país, en virtud del célebre dicho de Larra, "lo que no se puede decir no se debe decir"— analicé algunos de los aspectos del problema con el que hoy día nos enfrentamos: el de la extendida minoría legal en que todos hemos vivido: "Imposibilidad de votar, comprar un periódico con diferentes opiniones que el Gobierno, leer un libro o ver una película no censurados, asociarse con otros ciudadanos disconformes, protestar contra los abusos, sindicarse. Inmensas potenciales de energía que, al no verse por los cauces creativos habituales, se transformaban inevitablemente en neurosis, malevolencia, alcoholismo, agresividad, impulsos suicidas, pequeños infiernos privados. Algún día la psiquiatría española deberá analizar seriamente los resultados de esta tutela maligna sobre una masa de adultos constreñidos a soportar una imagen degradada de sí mismos y asumir ante los demás una conducta inválida, infantil o culpable. Las represiones y tabúes los hábitos mentales de sumisión al poder, de aceptación acrítica de los valores oficiales que hoy nos condicionan no se desarraigán en un día. Enseñar a cada español a pensar y actuar por su cuenta será una labor difícil, independientemente de las vicisitudes políticas del momento. Habrá que aprender poco a poco a leer y escribir sin miedo, a hablar y escuchar con entera libertad. Un pueblo que ha vivido casi cuarenta años en condiciones de irresponsabilidad e impotencia, es un pueblo necesariamente enfermo, cuya convalecencia se prolongará en razón directa a la duración de su enfermedad".

PRETENDER, como pretenden hoy algunos, que el régimen franquista es un fenómeno del pa-

sado basándose en el hecho de que el nombre de su fundador ha desaparecido casi no sólo de las conversaciones públicas y privadas, sino también de la televisión, la radio, las revistas y los diarios, me parece tan abusivo como engañoso. Los pueblos, como los individuos, se inclinan a correr un tupido velo sobre aquellos periodos del pasado con los que han dejado de identificarse, sin curarse por ello del trauma sufrido. Los alemanes dejaron de hablar de la noche a la mañana de los horrores del hitlerismo y los franceses de las páginas poco gloriosas de la Ocupación, mientras que los soviéticos exorcizaron sus demonios estalinianos con la panacea ilusoria del llamado culto de la personalidad. Dichos traumas, cuidadosamente enterrados, prosiguen con todo su labor de zapa, como nos muestra la actual floración de libros y films franceses sobre los tiempos de Vichy y la resignación de un gran sector popular al nuevo orden impuesto por los nazis.

LAS huellas del franquismo en nuestro espíritu —por muy remota que hoy nos parezca la figura de Franco— serán difíciles de borrar. El posibilismo —o arte de adaptar la pluma a la existencia de la censura— se ha convertido en una especie de segunda naturaleza de los autores españoles, con todas las consecuencias que ello implica: autocensura, arte del elipse, exposición indirecta de los hechos, alusiones, medias palabras —creando así, paralelamente, un público lector ducho en el arte de leer entre líneas y captar las intenciones ocultas de un texto aparentemente inofensivo e inocuo. Esta deformación profesional de escritores y lectores ha desempeñado un papel de primer plano durante el sistema franquista, especialmente en sus postrimerías. La lectura de nuestros periódicos o semanarios de los últimos tres años nos procura abundantes muestras de un juego cuyas reglas —por exigir un cierto entrenamiento y un mínimo de adaptación por parte del destinatario a la gimnasia mental del escritor— escapan fácilmente a un lector extranjero procedente de un país democrático, pero no a un español atento a las sutilezas y bizantinismos de quien, para expresarse, debe recurrir a perifrasis y giros de escritura retorcidos y alambicados.

AL mismo tiempo que este lento ejercicio de lectura oblicua —que daría estrabismo o torticolis al público de cualquier otro país menos sufrido que el nuestro—, la censura franquista ha condenado a lectores y autores a una atrofia intelectual y moral, y lo que es peor, ha provocado en ellos un sentimiento inconsciente de culpabilidad del que, como sé por experiencia propia, resulta extremada-

mente difícil liberarse. "La censura —dice el sociólogo francés Jean-Paul Valabrega— castiga a la vez al emisor y al receptor, al que escribe como al que lee. Mientras que en la prohibición penal ninguna regla castiga a la vez al culpable y a la víctima, en el acto de censura no hay culpable ni víctima. Todo el mundo es culpable, exceptuando, claro está, el censor. Todo el mundo es considerado cómplice en potencia. Todo el mundo es encubridor. Por consiguiente, si la examinamos desde el punto de vista en que se sitúa el censor, vemos que la censura se dirige a una especie de culpabilidad latente y universal". Estas reflexiones nos ayudan a comprender la situación ambigua del escritor español no sólo durante los últimos treinta y nueve años, sino también durante todos los periodos históricos —la regla, y no la excepción— en que ha vivido bajo un régimen de inquisición y monolitismo ideológico. La obligación de convivir con la censura, la resignación melancólica al posibilismo son en gran parte responsables del retraso, los límites y deficiencias de nuestros autores, condenados bajo el franquismo —como en otras épocas— al exilio o la semiverdad. Posibilismo implica autocensura y, a fin de cuentas, colaboración entre el escritor y el censor.

LA necesidad de escribir conforme a ciertas normas se traduce en una grave limitación de las facultades creadoras del autor y en un constante, enfermizo temor a ejercerlas. Así se explica el fenómeno que he denunciado en más de una ocasión: la ocupación de una lengua —la nuestra, la que leemos y empleamos todos los días— por una casta omnívora que mutila sus posibilidades expresivas mediante una violencia solapada sobre sus significados virtuales. Podemos hablar en verdad de idiomas ocupados como hablamos de países ocupados, y la actitud del creador en el primer caso debe ser la del patriota en el segundo: de resistencia y rebeldía, gracias a un proceso de ruptura con los clisés y estereotipos de lenguaje (ese uso y abuso del tuteo con Pablo, Rafael o Federico después de haber soporado los de Ramiro y José Antonio), los mitos y cárceles mentales entre los que, a veces inconscientemente se mueve. Tal posición semejante a la del guerrillero o, francotirador en un país ocupado, exige, como es obvio, una lucha heroica, cotidiana, por parte del escritor que escoge vivir en su país y no se resigna a la influencia castradora del posibilismo. No es casual, pues, que su gran parte de las obras más significativas y durables escritas o realizadas durante el largo reinado de Franco hayan sido creadas por españoles que han vivido y trabajado en el extranjero: Américo Castro, Buñuel, Alberti, Semprún, Max Aub, Arrabal, Luis Cernuda. Toda

producción literaria o artística está condicionada por un conjunto de factores que escapan en parte a la voluntad de su creador: es fruto a la vez de un esfuerzo individual y del medio histórico en el que aquél se inserta. La producción literaria —como la búsqueda científica, el pensamiento filosófico, etc.— no puede prosperar sin un mínimo de circunstancias favorables: cuando éstas no se dan, el creador tiene el derecho de emigrar y acogerse a un clima propicio sin el cual su obra no existiría. La presencia de la censura —por muy "liberal" que sea hoy día, después de la muerte de Franco— constituye un obstáculo insalvable de cara al desenvolvimiento de una cultura española del mismo nivel que la francesa, inglesa, alemana o italiana. Existen, sí, algunos escritores lúcidos y aislados que, como escribía no hace mucho un autor joven, "le recuerdan a la literatura española su lugar". Pero una golondrina (o varias golondrinas) no basta (o bastan) para crear un verano.

POR primera vez en espacio de casi cuarenta años —es decir, en el de dos generaciones y media— el pueblo español tiene la posibilidad real de intervenir en la vida pública y forjar así su propio destino y los escritores e intelectuales, aun aquellos que no formamos parte de la clase política, no podemos permitirnos el lujo de desaprovecharla. En el nuevo periodo histórico que se abre para el país, quisiera evocar y hacer más las palabras de Blanco White, cuando saludaba desde Londres la reacción popular española contra la intervención imperialista de Bonaparte: "Dejad que todos piensen, todos hablen, todos escriban. Desterrad todo lo que se parezca a vuestro antiguo gobierno".

NO hay que contentarse, por tanto, con reclamar la abolición de la censura —medida que, por otra parte, no puede disociarse de una transfiguración radical de todas las estructuras políticas, sociales y económicas del país. Hay que demostrar, desde ahora, su carácter anacrónico e inoperante, por medio de la creación descondicionada, libérrima, de una serie de obras que, secuestradas o no por los Tribunales, la hagan parecer bajo los golpes de arma más eficaz que podemos esgrimir contra ella: la de su impotencia y ridículo.

EL franquismo no puede ni debe sobrevivir a la muerte física de quien lo creó. Depende de nosotros, y sólo de nosotros —escritores, intelectuales, lectores—, el poner fin de una vez para siempre, con rigor, voluntad y firmeza, a los efectos de su larga e invisible ocupación. ■